

VIDA romántica de Chopin

por André de MAUROIS

¡Qué capital del mundo el París de 1831! La Revolución de Julio había derribado del trono a Luis Felipe, pero todas las viejas pasiones de los republicanos, bonapartistas, legitimistas, aún ardían en los corazones. Chopin no vió en las calles sino animados grupos, cuyos indumentales y gritos proclamaban sus opiniones. Los partidarios de Carlos X usaban chalecos verdes; los republicanos, chalecos azules. Oía gritar: "¡Viva Polonia!" y cantar La Marsellesa. Sentía ansiedad por conocer a tantos grandes hombres: Victor Hugo, Lamartine, Alfredo de Musset, Teófilo Gautier, Enrique Heine, Héctor Berlioz, Rossini, Meyerbeer... Cuando comenzó a ir a la Opera y el Concierto, sintióse entusiasmado. En aquella poca, los más grandes virtuosos de Imundo llenaban París. Era a la vez embriagante y un poco perturbador.

Alguien lo presentó al pianista Kalkbrenner, quien por entonces pasaba por ser maestro de maestros y al cual Chopin quería pedir lecciones. Encontró un hombre cortés, ceremonioso, pedante, que se creía a la vez un gran artista y un gran señor, y que no tenía ni la generosidad del uno ni la simplicidad del otro. ¡Oh!, Kalkbrenner focaba muy bien, no se podía negarlo, sin movimiento de los brazos, sin agitación, en una actitud perfecta, pero no tenía gran cosa que enseñar a Chopin. Escuchó al joven polaco, y le dijo que no era "una máquina bastante perfec-

ta", que carecía de método y que debería trabajar tres años con él, Kalkbrenner, para adquirir uno. Chopin, muy escrupuloso, se creyó, y escribió a su padre que se sometería a la enseñanza de Kalkbrenner. Felizmente, Nicolás Chopin tenía buen sentido y buen gusto:

¡Tres años!—dice más o menos a su hijo—. Quizá sería cierto si fueses de esos hombres para quienes el mecanismo lo es todo. Pero lo que hace tu talento es la invención, la imaginación, el sentimiento y, para todo esto, no tienes ninguna necesidad del señor Kalkbrenner.

En cuanto al viejo José Elsner, sintióse indignado:

Han reconocido en Federico un genio —dice— y temen ser devorados por él. Por esto quieren tenerlo tres años en sus manos, a fin de ahogar lo que la naturaleza hará crecer por sí misma....Kalkbrenner es un tramposo....Es esa una especulación sobre Federico....Y éste no debe tratar de ser un virtuoso....Lo es, pero tam-

bién es además un compositor de genio que tiene marcado su lugar junto a Mozart... y que saca de nuestro suelo natal una originalidad que siempre lo pondrá en un puesto relevante.

Esa vigorosa lección llegaba de Varsovia hizo el mayor bien al modesto Chopin, devolviéndole la conciencia de su valer. Tomó algunas lecciones con Kalkbrenner, para no herirlo, y halló un pretexto para no

continuar. Kalkbrenner, que a pesar de todo no era tan péfido como lo imaginaba Elsner, se hizo su amigo, lo presentó al célebre fabricante de pianos Camilo Pleyel y lo ayudó a organizar un concierto, cosa nada fácil en París. ¿Y cómo llenar la sala cuando Paganini y Mendelssohn, ya célebres, eran los acontecimientos musicales del mes. Algunos polacos acudieron, pero muy pocos parisenses. Aunque el gran pianista Franz Liszt, que asistía al concierto, se entusiasmó, Chopin, poco preparado para la lucha, pronto caía en el descorazonamiento y la melancolía y comenzó a desesperar. Pensó er partir para Londres: **Mañana cruza** la Mancha, se decía, cuando, atravesando solamente el bulevar, encontró en su camino al príncipe Valentiñ Radzimill.

—¿Estás contento?—preguntó el príncipe.

Chopin le refirió sus sinsabores.

—¡Y bien! Ven esta noche conmigo a casa de James Rothschild; tocarás ante todo París.

La velada en casa de Rothschild fué un triunfo. Las mujeres cultas y delicadas que allí oyeron a Federico Chopin, no se preguntaron, como Kalkbrenner, si su método era impecable. Escuchaban con arrobamiento algo que jamás habían oído: los suspiros de su propio corazón, sus ensueños melancólicos o felices, melodías tan ligeras y dulces que más bien parecían exhaladas por un Silfo que producidas por manos humanas.

El efecto fué prodigioso, y Chopin, alma sensitiva, percibió la caricia divina que de pronto transformaba su destino. Salíó a pie del hotel de Rothschild; las estrellas brillaban; la noche era bella y tranquila. Del corazón del joven músico ascendía hacia el cielo un cántico de acción de gracias.

A partir del día siguiente, en su pequeño departamento, cayó una lluvia de invitaciones firmadas por los más grandes nombres polacos y franceses. Todos querían oírlo tocar, en la intimidad, en la penumbra; tomar con él lecciones.

¡Heme aquí lanzado! —escribía a un amigo—. Formo parte de la más alta sociedad; tengo marcado un lugar en medio de príncipes, embajadores y ministros, sin saber yo mismo cómo he llegado....

También venían a él los artistas. Ya el poeta Enrique Heine y el músico Franz Liszt eran sus amigos. Liszt habría podido temer en Chopin a un rival, pues era, como Federico, a la vez un virtuoso y un creador.

Pero ambos poseían almas nobles y se admiraban mutuamente, sin celos, cosa que, en un artista, es un rasgo de verdadera grandeza.

Así comenzó un período de éxito, e incluso de gloria. Todo contribuía a ella.

El sonido tan particular que arrancaba al piano, parecía una mirada que partiera de sus ojos. La delicadeza un poco enfermiza de su figura se aliaba a la melancolía poética de su música.

Los Nocturnos, con su gracia impalpable, su ternura cristalina, sus caricias deliciosas, sus "éxtasis entrecortados de sollozos", emocionaban a todos aquellos y aquellas que habían amado y sufrido. Las grandes Polonesas, ardientes, trágicas, prueban que la fuerza del patriotismo, en el músico, era igual a la sensibilidad del corazón. En cuanto al hombre, había tanta distinción en sus maneras, tanta armonía en toda su persona y también tanta reserva que, dice Liszt, "involuntariamente se lo trataba como a un príncipe".

Al mismo tiempo era, como en tiempos de su infancia, bromista y

caños, chalecos azules. Oía gritar: "¡Viva Polonia!" y cantar *La Marsellesa*. Sentía ansiedad por conocer a tantos grandes hombres: Víctor Hugo, Lamartine, Alfredo de Musset, Teófilo Gautier, Enrique Heine, Héctor Berlioz, Rossini, Meyerbeer... Cuando comenzó a ir a la Opera y el Concierto, sintióse entusiasmado. En aquella época, los más grandes virtuosos de Imundo llenaban París. Era a la vez embriagante y un poco perturbador.

Alguien lo presentó al pianista Kalkbrenner, quien por entonces pasaba por ser maestro de maestros y al cual Chopin quería pedir lecciones. Encontró un hombre cortés, ceremonioso, peante, que se creía a la vez un gran artista y un gran señor, y que no tenía ni la generosidad del uno ni la simplicidad del otro. ¡Oh!, Kalkbrenner tocaba muy bien, no se podía negarlo, sin movimiento de los brazos, sin agitación, en una actitud perfecta, pero no tenía gran cosa que enseñar a Chopin. Escuchó al joven polaco, y le dijo que no era "una máquina bastante perfec-

canismo lo es todo. Pero lo que hace tu talento es la invención, la imaginación, el sentimiento y, para todo esto, no tienes ninguna necesidad del señor Kalkbrenner.

En cuanto al viejo José Elsner, sintióse indignado:

Han reconocido en Federico un genio —dice— y temen ser devorados por él. Por esto quieren tenerlo tres años en sus manos, a fin de ahogar lo que la naturaleza hará crecer por sí misma...Kalkbrenner es un tramposo...Es esa una especulación sobre Federico...Y éste no debe tratar de ser un virtuoso...Lo es, pero tam-

bién es además un compositor de genio que tiene marcado su lugar junto a Mozart... y que saca de nuestro suelo natal una originalidad que siempre lo pondrá en un puesto relevante.

Esa vigorosa lección llegaba de Varsovia hizo el mayor bien al modesto Chopin, devolviéndole la conciencia de su valer. Tomó algunas lecciones con Kalkbrenner, para no herirlo, y halló un pretexto para no

parisienses. Aunque el gran pianista Franz Liszt, que asistía al concierto, se entusiasmó, Chopin, poco preparado para la lucha, pronto caía en el descorazonamiento y la melancolía y comenzó a desesperar. Pensó ir a partir para Londres: **Mañana cruzaré la Mancha**, se decía, cuando, atravesando solamente el bulevar, encontró en su camino al príncipe Valentiñ Radzimill.

—¿Estás contento?—preguntó el príncipe.

Chopin le refirió sus sinsabores.

—¡Y bien! Ven esta noche conmigo a casa de James Rothschild; tocarás ante todo París.

La velada en casa de Rothschild fué un triunfo. Las mujeres cultas y delicadas que allí oyeron a Federico Chopin, no se preguntaron, como Kalkbrenner, si su método era impecable. Escuchaban con arrobamiento algo que jamás habían oído: los suspiros de su propio corazón, sus ensueños melancólicos o felices, melodías tan ligeras y dulces que más bien parecían exhaladas por un Silfo que producidas por manos humanas.

Ya el poeta Enrique Heine y el músico Franz Liszt eran sus amigos. Liszt habría podido temer en Chopin a un rival, pues era, como Federico, a la vez un virtuoso y un creador.

Pero ambos poseían almas nobles y se admiraban mutuamente, sin celos, cosa que, en un artista, es un rasgo de verdadera grandeza.

Así comenzó un período de éxito, e incluso de gloria. Todo contribuía a ella.

El sonido tan particular que arrancaba al piano, parecía una mirada que partiera de sus ojos. La delicadeza un poco enfermiza de su figura se aliaba a la melancolía poética de su música.

Los Nocturnos, con su gracia impalpable, su ternura cristalina, sus caricias deliciosas, sus "éxtasis entrecortados de sollozos", emocionaban a todos aquellos y aquellas que habían amado y sufrido. Las grandes Polonesas, ardientes, trágicas, prueban que la fuerza del patriotismo, en el músico, era igual a la sensibilidad del corazón. En cuanto al hombre, había tanta distinción en sus maneras, tanta armonía en toda su persona y también tanta reserva que, dice Liszt, "involuntariamente se lo trataba como a un príncipe".

Al mismo tiempo era, como en tiempos de su infancia, bromista y alegre, y a menudo después de haber ejecutado de manera adorable un nocturno desgarrante de tristeza, bruscamente pasaba a lo que él mismo llamaba sus "polichinadas" y, como antaño imitara al grueso Burgomaestre y al gran duque Constantino, parodiaba ahora con humor a los grandes virtuosos.

—¿Quieren ver a Liszt? ¿Quieren oírlo?... Aquí lo tienen.

Levantábase el cuello, cambiaba el rostro, el cuerpo, al mímica, y se creía ver a Liszt. La imitación era tan asombrosa que un amigo provinciano ante el cual la había realizado, encontrando más tarde al verdadero Franz Liszt, le dijo:

—¡Ah, no, Chopin!... Ya no me engañarás!

